

CAPÍTULO 1

**LA CRISIS
DEL RÉGIMEN
SOMOCISTA**





**PROGRAMA
INTERUNIVERSITARIO
de
HISTORIA POLÍTICA**

1.1. EL RÉGIMEN SE TAMBALEA

«Hay que estimular el turismo», ordena el dictador a mediados de julio, mientras arden los barrios orientales de Managua, incendiados por los aviones [...] Desde el búnker, gran útero de acero y cemento, gobierna *el último* Somoza. Allí no se escucha el trueno de las bombas, ni los aullidos de la gente, ni nada que perturbe el perfecto silencio; desde allí nada se ve ni se huele [...] Somoza organiza la liquidación de los negocios y el desvalije de toda Nicaragua. Después, Somoza declara por teléfono: —¡Ni me voy ni me van!⁽¹⁾

Tal como expuso Carlos Fonseca, Somoza era como una prenda preciosa donde se aglutinaban todas las contradicciones del pueblo nicaragüense, donde se confundía un poco la liberación nacional con la liberación de la dictadura⁽²⁾. Anastasio Somoza Debayle era el último miembro de una dinastía que gobernó Nicaragua desde 1933. Su padre, Anastasio Somoza García, fue el artífice del estado moderno nicaragüense. En el período en que éste detentó el poder, se establecieron las bases del subsiguiente desarrollo económico, político y, cómo no, también las condiciones que posibilitaron la posterior ruptura revolucionaria⁽³⁾.

1) Texto extraído de GALEANO, 1986: 301.

2) Esta expresión ha sido extraída de RUIZ, 1980.

3) Sobre el régimen de Anastasio Somoza García cabe dirigirse a WALTER, 1993. Ésta parte de la hipótesis de que en el período fundacional del «Somozato», las dos décadas en que el primer Somoza gobernó, se gestaron sus elementos definidores. En ese período se configurarían las directrices del desarrollo económico y político que harían de Nicaragua un régimen singular. Políticamente podemos caracterizar la labor del primer Somoza sobre la base de tres puntos: 1) la cooptación o neutralización de los viejos caudillos y líderes locales; 2) la reordenación de las instituciones del estado con el objetivo de desarrollar la economía agroexportadora; y 3) el uso de la coerción en momentos de crisis política (WALTER, 1993: xvii).

La explicitación del término «*Estado*», en tanto que marco en el que se mueve nuestro objeto de estudio —los actores políticos— tiene una gran relevancia. En el caso de Nicaragua, esta consideración es primordial, ya que, después de un largo período de control autocrático en beneficio de un sector restringido de las élites, a finales de los setenta, el Estado cambió radicalmente su forma de dominación política. El Estado no es una entidad abstracta ni la reificación de una idea. No es posible observar al Estado como un ente ajeno a la dinámica y articulación de los actores políticos y sociales, ni a las relaciones de preeminencia y subordinación existente entre ellos. Si bien los diferentes actores mantienen espacios de autonomía, existe una relación de congruencia entre el Estado y el poder político, y de éste con la estructura de poder social y económico⁽⁴⁾. Esta observación es clave para entender el desarrollo político de Nicaragua desde su independencia. La profusión de guerras civiles, conflictos regionales, intervenciones de los Estados Unidos, así como los constantes alzamientos de caciques acabaron por hacer imposible una sólida articulación de las instituciones del Estado⁽⁵⁾.

El régimen somocista adquirió una caracterización muy singular. El tipo de régimen que nos ocupa aquí, ha sido calificado de diversas formas por diferentes teóricos. Linz y Stepan utilizaron el término *sultanista* (Linz, 1975; Linz y Stepan, 1978), Rouquié el de *patrimonial* (Rouquié, 1984), Falcoff el substantivo de *mafiaocracy* (Falcoff en Wickham-Crowley, 1993), González el de *nepotismo cleptocrático* (González, 1992). Si tuviéramos que exponer brevemente las características básicas de estos regímenes observaríamos cinco elementos comunes: 1) la existencia de un gobierno personal, no partidario; 2) el hecho de que las élites políticas no se corresponden con las élites socio-económicas tradicionales; 3) la dominación personal de las fuerzas armadas y de los cuerpos de seguridad; 4) la

4) En cualquier caso el control del Estado es el objetivo último de la actividad política. En este sentido, todo estudio sobre su construcción y consolidación debe identificar a los actores políticos, debe definir a los grupos, clases o sectores de la sociedad, que participan en el conflicto en pos del control del Estado, y cuyos intereses se reflejan en las decisiones políticas y en las medidas que desde la administración se ejecutan (WALTER, 1993). Existe abundante literatura que teoriza sobre el Estado en América Latina, y entre ésta cabe destacar la compilación de textos de «clásicos» sobre dicho tema: BOSSET & KLARÉN, 1986. La literatura homóloga para los casos centroamericanos es notablemente más reducida; con todo, es necesario señalar las siguientes obras: BALOYRA, 1983; BROCKETT, 1988; CASTILLO-RIVAS, 1983; TORRES-RIVAS, 1983; WEEKS, 1986.

5) Respecto a la debilidad y a los crónicos conflictos entre las élites nicaragüenses durante el siglo xix y la primera mitad del xx cabe dirigirse a la obra: Barahona *et al.*, 1983. En referencia a la misma cuestión durante el período somocista nos remitimos al capítulo 6 de Wheelock, 1976. En cuanto a la capacidad de las élites políticas nicaragüenses de articular un espacio político nacional es interesante el trabajo: Berntzen, 1990.

corrupción como una práctica institucional; y 5) el ejercicio de la coerción y la represión hacia los colectivos opositores (Wickham-Crowley, 1993: 269-280).

Si bien podríamos calificar el caso nicaragüense como un caso único, también es posible clasificarlo junto con las prolongadas dictaduras o *gobiernos autocráticos caribeños*, como el de Rafael Leónidas Trujillo y Joaquín Balaguer en la República Dominicana, o el de Fulgencio Batista en Cuba. En este tipo de regímenes, el ejercicio directo y absoluto del poder por parte de reducidas camarillas genera una verdadera personificación del poder político, que opera como plataforma de lanzamiento hacia el enriquecimiento, a través de los aparatos del Estado. Las instituciones del Estado son, en sí mismas, una potencia económica que permite la conversión de grupos en clases definidas por su control sobre los medios de producción y cambio. Aparecen, de este modo, contradicciones complejas y profundas entre las fracciones que se enriquecen gracias a la manipulación del poder y de los aparatos del Estado, y las que tienen en el mercado su ámbito único o predominante de acumulación. El *modus operandi* de los detentadores del poder político aparece, frente a las demás fracciones de la burguesía, transgrediendo sistemáticamente las reglas del juego — vale decir *racionalidad del mercado*— y cuestionando su propia capacidad de expresión económica (Vilas, 1984).

El Estado somocista no se caracterizó solamente por su personalización. La Guardia Nacional⁽⁶⁾, un entramado clientelar de actores políticos y sindicales afines, el apoyo explícito de las diferentes administraciones de los Estados Unidos, y una cosmética constitucional⁽⁷⁾, fueron los pilares sobre los cuales el somocismo se asentó. Es necesario tener en cuenta, para comprender la larga duración de la dinastía, el efecto *amortiguador de conflictos* que supuso el prolongado ciclo de expansión económica que precedió a la segunda guerra mundial⁽⁸⁾.

6) Tanto en el acceso como en la consolidación del poder, los Somoza contaron con la absoluta fidelidad de la Guardia Nacional (GN), de la que los miembros de la dinastía siempre detentaron la máxima autoridad. La GN fue un «gendarme doméstico» impuesto por los Estados Unidos una vez que los marines abandonaron Nicaragua. Pero también fue un cuerpo garante del orden regional. La dependencia personal de estas fuerzas hacia los Somoza se ejemplificaba con la estrategia en que se organizaba la cúpula de dicho cuerpo. Cualquier oficial con ambición personal o carisma era destituido y expulsado del cuerpo, lo mismo sucedía con aquellos que pretendían «modernizar» la institución. Los integrantes de la GN vivían en barrios separados, tenían hospitales y escuelas exclusivas y otros privilegios negados al resto de la sociedad. Existe una notable literatura sobre esta institución, por su calidad destacan las obras de BOOTH, 1982; MILLET, 1979.

7) Sobre la regulación legal del régimen somocista, ver GONZÁLEZ, 1992: 66-70; WALTER, 1993.

8) La más completa y detallada obra sobre la economía política centroamericana y sus efectos es Bulmer-Thomas, 1987. En referencia a los efectos políticos del desarrollo económico iniciado en los años cincuenta cabe dirigirse a Dunkerley, 1988: 169-219. Sobre este período Henry Kissinger

Tal como escribe Secundino González, a finales de 1972 el sistema de dominio establecido durante décadas sobre Nicaragua por parte de los Somoza, empezó —y aquí la expresión es literal— a tambalearse (González, 1992: 90). El 23 de diciembre de 1972, un terremoto destruyó casi el setenta por ciento de los edificios de la ciudad de Managua. Desde los Estados Unidos y desde muchos otros países llegaron cientos de millones de dólares en ayudas para la reconstrucción y para los necesitados, pero, muy pronto, se empezó a rumorear sobre el modo en que Somoza utilizaba o distribuía el dinero.

«Ésta es la revolución de las oportunidades», dijo Anastasio Somoza Debayle. El seísmo no solo supuso la posibilidad de engrosar el patrimonio de los Somoza, sino que les dio la oportunidad de retomar el poder formal. Por medio de un decreto hecho público el 23 de enero, Somoza Debayle se hizo nombrar presidente del Comité Nacional de Emergencia.

El detonante, en términos de la estabilidad del régimen, fue la injerencia —utilizando recursos públicos y los resortes del Estado— de las empresas de Somoza en los sectores económicos considerados, hasta entonces, espacios reservados a las élites económicas tradicionales. A partir de entonces, el régimen no solo hizo caso omiso de las demandas que surgieron desde los diversos sectores organizados de la burguesía, sino que aprovechó el estado de sitio, implantado poco después, para continuar su lógica *cleptomaniaca*⁹⁾.

A finales de enero de 1977, poco antes de que Jimmy Carter prestara juramento

expuso (*Kissinger Report*, en Dunkerley): «With the launching of the Alliance for Progress in 1961, the role of United States in Central American development underwent a major transformation. This was a bold and unprecedented effort to encourage comprehensive national planning and to promote a wide array of social, political, tax and land reforms... The goals of the Alliance were three: economic growth, structural change in societies, and political democratization. But... it was only in the first area that significant progress was made».

9) El desarrollo de estos acontecimientos están relatados en Christian, 1985: 36-41. En este contexto, en el marco de las «elecciones celebradas» en 1974, el número de partidos liberales y conservadores disidentes creció notablemente. Éstos, junto con sindicatos no vinculados con el régimen, crearon una coalición, liderada por Pedro Joaquín Chamorro, llamada Unión Democrática de Liberación (UDEL), que perviviría hasta el período insurreccional. Respecto al nuevo ímpetu que tomó la *lógica cleptomaniaca* del régimen, ésta llegó a extremos draconianos. Con todo, como no hay mal que por bien no venga, y tal como expuso un dirigente sandinista (Rushdie, 1987: 27-28: «La carretera de Campoa es de ladrillo, como otras carreteras en Nicaragua. Somoza tenía una fábrica de ladrillos. Después del terremoto de 1972 se empeñó en que todas las vías de tránsito del país se reconstruyeran con ladrillos presidenciales, vendidos a la nación a precios muy elevados. —Pero nos dimos cuenta que los ladrillos son muy fáciles de apalancar— me contó muy ufano Luis Carrión. —De modo que durante la insurrección pudimos detener con facilidad sus convoyes, gracias muchas veces a esas carreteras de ladrillos».

de su cargo como presidente de los Estados Unidos, un grupo de académicos, procedentes de diversas universidades estadounidenses, se reunieron en Washington bajo los auspicios del Departamento de Estado para realizar un coloquio sobre América Central. Los oradores y las discusiones se ocuparon de cuestiones muy amplias y diversas, pero si hubo alguna línea general que persistió durante toda la sesión fue la de que en Centroamérica no podía ocurrir nada que afectara directamente a los intereses norteamericanos o que, por cualquier otra circunstancia, exigiera la atención urgente de los funcionarios estadounidenses. Las discusiones se centraron en cómo los Estados Unidos podían ir reduciendo sus compromisos en dicha zona. Se tomó nota de los grupos guerrilleros que estaban actuando en El Salvador, pero se juzgó que la solución de los problemas socioeconómicos de aquel país era más urgente. También se habló del movimiento sandinista en Nicaragua, pero se lo dejó de lado al considerarlo una débil amenaza contra la familia Somoza que, por otra parte, entraba en su décimo lustro en el poder.

De las directrices básicas en que se articuló la retórica de la política exterior de la administración Carter, la de la *promoción de los derechos humanos*, fue la que tuvo mayor impacto en Nicaragua. El interés de la nueva administración norteamericana en referencia al respeto de las libertades civiles, los derechos humanos y la liberalización de los regímenes cabe observarse, en la perspectiva de los Estados Unidos, como un instrumento de política exterior que tenía como objetivo desarticular los potenciales riesgos rupturistas y revolucionarios que amenazaban la estabilidad política de los países centroamericanos.

En este caso, los agudos analistas norteamericanos no afinaron con demasiada precisión. El último de los Somoza ya no pudo ver la madrugada del 17 de julio de 1979 en Nicaragua. Un helicóptero *Sikorski* lo llevó desde el búnker, en la loma de Tiscapa, a los hangares de la Fuerza Aérea. Con él se llevó los lingotes de oro del Banco Central, ocho papagayos de colores y los ataúdes de su padre y de su hermano. Subió a su avión privado, un jet *Sidney-Howker*, rumbo a Miami, girando primero sobre la ciudad donde brillaban las fogatas de la insurrección.

1.2. LOS MUCHACHOS

Recuerdo lo que Leonel Rugama dijo al grupo de compañeros que estaba allí discutiendo con él. Frunció el ceño y dijo: «Hay que ser como el Che... ser como el Che... ser como el Che...».⁽¹⁰⁾

10) Frase extraída de la obra: CABEZAS, 1982: 20. En ésta se expone la experiencia de los jóvenes estudiantes de la Universidad de León y sus relaciones con el Frente Sandinista.

A la luz del ejemplo ofrecido por la revolución cubana, en toda América Latina, surgieron numerosos grupúsculos revolucionarios⁽¹¹⁾. En 1959, en Managua, se constituyó la «Juventud Patriótica», organización con vocación revolucionaria y partidaria de la lucha armada. Ésta desaparecería poco después, disgregándose en una constelación de organizaciones del mismo carácter. Posteriormente algunas de ellas formarían el «Movimiento Nueva Nicaragua», preludeo del FSLN. Será en 1961, en Tegucigalpa, cuando se creará el Frente de Liberación Nacional (FLN), fruto de la voluntad de jóvenes radicales disidentes del Partido Socialista de Nicaragua⁽¹²⁾ y del Partido Conservador. Los fundadores —entre los que se encontraban Carlos Fonseca Amador, Tomás Borge y Silvio Mayorga— pertenecían a la generación que observó la habilidad de Anastasio Somoza García en instaurar un régimen de carácter patrimonial y en cooptar a los cuadros del Partido Conservador⁽¹³⁾.

Las bases teóricas a partir de las cuales el FSLN desarrollaría su identidad y proceder fueron: el marxismo, el vanguardismo, el foquismo y el nacionalismo. El marxismo constituyó una fuente de donde fluyó una visión del mundo, un discurso y un marco para la acción. Víctor Tirado, miembro de la Dirección Nacional, afirmó (Tirado, 1986):

El marxismo fue una revelación a partir de la cual primero nos descubrimos a nosotros mismos, y luego a nuestro país a través de nuestro pueblo... a partir de Marx profundizamos en Sandino, su historia, sus objetivos...

Posteriormente, Bayardo Arce, también miembro de la Dirección Nacional, acuñaría la frase de que «la diferencia entre sandinismo y marxismo en Nicaragua puede considerarse nula, un marxista en Nicaragua es necesariamente sandinista» (Arce en Invernizzi *et al.*, 1986). Sin embargo, si bien los sandinistas insistieron en su concepción marxista del mundo, la verdad es que la realidad del FSLN siempre

11) Esta influencia también se percibió en Nicaragua. En referencia a la revolución cubana Tomás Borge expuso (BORGE, 1982): «La victoria de la lucha armada en Cuba fue una luz que nos permitió ver más allá de los antiguos dogmas [...] Fue la respuesta a nuestras dudas, la justificación de nuestros sueños».

12) El PSN pertenecía a la III Internacional. Éste nunca apostó por la lucha armada ni por la vía revolucionaria. No cabe olvidar, a la vez, que en los primeros años de Somoza García el PSN estableció muy buenas relaciones con el régimen al que percibieron como nacional-popular.

13) Para la obtención de información más detallada sobre la fundación del FSLN y sus protagonistas cabe remitirse a las obras: ALEGRIA Y FLAKOLL, 1982; Borge en ARIAS, 1980; BLACK, 1981; BOOTH, 1982; BORGE, 1980; POMARES, 1979; POZAS, 1988.

fue mucho más ecléctica. No todos los marxistas estaban en el Frente ni todos los sandinistas eran marxistas. Carlos Fonseca, en 1964, observó que la estrategia del FSLN pasaba por la creación de una organización de amplia convocatoria (Fonseca en Dunkerley, 1988: 221):

Pienso que los revolucionarios nicaragüenses tienen que acogerse a la doctrina que les permita construir la liberación del pueblo de Nicaragua. En mi propio pensamiento están presentes las raíces populares de diferentes ideologías, el marxismo, el liberalismo, el socialcristianismo...

De las lecturas de Débray, Harneker, Lenin, del estudio de la guerra de Argelia, de la revolución vietnamita y cubana, los sandinistas tomaron el concepto de *vanguardia revolucionaria*, que adquirió una importancia vital en el aspecto organizativo. La premisa de que la existencia de una *vanguardia* —en tanto que organización selectiva, jerárquica y disciplinada de militantes— era un requisito para el *triunfo* tuvo una gran influencia en la práctica organizativa del Frente Sandinista (Gilbert, 1988). El *foquismo* fue un legado de la revolución cubana. El FSLN se convirtió en una organización política armada donde la acción guerrillera era un elemento central⁽¹⁴⁾.

El nacionalismo y el anti-imperialismo emanó del mito de Augusto César Sandino, político liberal y jefe guerrillero, figura catalizadora del rechazo a la presencia norteamericana durante el primer tercio del presente siglo. Este personaje fascinó a Carlos Fonseca —co-fundador y teórico del FSLN, quien en 1961, después de la campaña guerrillera de Raití-Bocay, refundó el FLN para introducir el adjetivo de *Sandinista*⁽¹⁵⁾.

Una vez constituido el FSLN, la actividad guerrillera y la penetración en el medio rural tuvieron preeminencia sobre la organización, la educación política de las masas y la agitación en las zonas urbanas. La guerrilla sandinista fue, en el grueso de su historia, un pequeño foco guerrillero en las montañas del norte y centro del país que se nutría, mayoritariamente, de cuadros estudiantiles. De este largo período, el FSLN, si bien pudo sobrevivir a diversos ataques a los que se vio sometido, obtuvo pocas victorias en el plano militar. Sin embargo, a partir de esa experiencia

14) La estrategia *foquista* provino de las obras de Débray y Guevara. Estos la definieron como una versión del marxismo-leninismo y como la única estrategia posible para conseguir una *victoria revolucionaria* cuando no existían sólidos vínculos con las organizaciones populares. Según los autores citados, la lucha armada, en esos casos, suponía la única actividad posible para las organizaciones revolucionarias (Débray, 1961; Guevara en Nolan, 1986).

15) Sobre Augusto César Sandino existe vasta bibliografía, entre ella destacamos las siguientes obras: HODGES, 1986; RAMÍREZ, 1974; SELSER, 1974.

se difundiría una mitología referente a las montañas. La llamada *mística de las montañas* hablaba del marco donde se gestó la incipiente actividad guerrillera.

Tal como expone Omar Cabezas en su novela, la montaña se convirtió en *algo más que una inmensa estepa verde* (Cabezas, 1981: 24):

Y en la ciudad, los clandestinos y los legales, hablábamos de las montañas como algo mítico, donde estaba la fuerza e incluso las armas. Allí estaban los mejores hombres...

Este período se convirtió en una de las referencias básicas a partir de las cuales posteriormente se establecería la *mitología sandinista*. Gioconda Belli, una de las poetas más representativas de la poesía nicaragüense en el período sandinista, escribiría:

... nosotros sabemos, camarada,
que en las montañas
enterraremos el corazón
del enemigo.

Con todo, independientemente de su temprana fundación, los analistas políticos han coincidido en clasificar al FSLN como una organización guerrillera que pertenece a la «segunda ola guerrillera» latinoamericana debido a que aquel adquirió relevancia política a partir de 1975⁽¹⁶⁾. El carácter hermético del régimen nicaragüense y

16) El fenómeno guerrillero latinoamericano de la segunda mitad del siglo veinte se ha dividido cronológicamente en dos períodos: la «primera ola» y la «segunda ola». La primera hace referencia a aquellas organizaciones que surgieron a la luz del ejemplo de la guerrilla cubana y que tuvieron su actividad en la década de los sesenta. Estas guerrillas se caracterizaron por su implantación en zonas rurales y por su notable capacidad de maniobra. Bajo el denominador común de guerrillas de «primera ola» cabe destacar el Movimiento 26 de Julio (M-26) en Cuba; el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) en Guatemala; las Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL) en Colombia; el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Perú; el foco guerrillero liderado por Che Guevara en Bolivia; y las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Venezuela. La «segunda ola» hace referencia al resurgimiento de la actividad guerrillera, a partir de 1975. La «segunda ola» tuvo relevancia en algunos países en que anteriormente la guerrilla había tenido poca incidencia en la vida política —como El Salvador y Nicaragua— y en su revitalización en Guatemala, Colombia y Perú. Para un mayor detalle sobre la actividad guerrillera latinoamericana entre 1956 y 1990, ver: WICKHAM-CROWLEY, 1992.

su rechazo a cualquier pretensión reformista produjo la confluencia de buena parte de los colectivos, organizaciones y movimientos opositores hacia la canalización de su actividad política fuera de los canales institucionales que «ofrecía» el régimen. En el último lustro de la década de los setenta, y no antes, colectivos urbanos, élites políticas y ciertas personalidades descontentas con el somocismo, empezaron a observar la opción guerrillera como algo más que una simple quimera⁽¹⁷⁾.

De esta forma, solo durante los años previos a la insurrección, a la luz de dos escisiones que se produjeron en el seno del FSLN (La Tendencia Proletaria, FSLN-TP⁽¹⁸⁾ y la Tendencia Tercerista o Insurreccional, FSLN-I⁽¹⁹⁾) se desarrollarían actividades de penetración activa en los colectivos urbanos. En este contexto, regresar a la ciudad significaba regresar a un escenario conocido.

Es importante, en este aspecto, recordar el origen urbano estudiantil de la mayoría de líderes del movimiento guerrillero sandinista y el papel de los colegios y las universidades como semillero de opositores antisomocistas⁽²⁰⁾. Otro elemento

17) En El Salvador y Guatemala existió una dinámica política parecida; sin embargo en Nicaragua, el conflicto político intra-elitario fue, desde el inicio del mandato de Somoza mucho más crispado y profundo. Existe una notable documentación sobre este fenómeno. Para una mayor y más detallada exposición sobre dichos acontecimientos las obras: BLACK, 1981; BOOTH, 1982; CHRISTIAN, 1986; DUNKERLEY, 1988.

18) A mediados de los setenta, con el endurecimiento de la política represiva del régimen somocista, la desconexión y el alejamiento de los componentes del FSLN, empezaron a surgir discrepancias en torno a cuestiones estratégicas. Estas discrepancias se zanjarían con dos escisiones en el seno de la organización. Un sector, encabezado por Jaime Wheelock, planteó priorizar la lucha política en apoyo de las demandas de los sectores obreros y semi-proletarios de las áreas urbanas. La dirección política del FSLN se reafirmó en los tradicionales planteamientos de carácter foquista de la «Guerra Popular Prolongada» en las zonas rurales del país. En octubre de 1975 se expulsó formalmente a quienes comulgaban con los nuevos planteamientos. De esta expulsión surgió la llamada «Tendencia Proletaria», organización que continuó la actividad política en la zona noroccidental del país. Sobre estos acontecimientos hay más información en Nolan, 1986: 75-88; Núñez *et al.*, 1991.

19) La segunda escisión se produjo a inicios de 1977, cuando Humberto Ortega convenció a la mayor parte de la dirección sandinista de que las condiciones de una guerra civil insurreccional estaban ya presentes (Nolan, 1986: 88-118; Ortega, 1981). La estrategia de los terceristas fue la incorporación de élites políticas civiles y colectivos populares urbanos en el proceso insurreccional (Núñez, 1987). La Tendencia Insurreccional supuso el traslado del peso de la lucha de la montaña a la ciudad. La agitación se concentró progresivamente en las ciudades y la cultura que generó fue concentrándose en las masas urbanas. Mientras el FSLN aglutinaba y catalizaba las masas insurrectas de los barrios, éstas le daban un matiz claramente urbano (Núñez *et al.*, 1991).

20) Como muchos autores han señalado, el centro de reclutamiento básico de los movimientos guerrilleros latinoamericanos ha sido la universidad. Esta afirmación es especialmente cierta en el caso de Nicaragua. Los estudiantes fueron los colectivos que más intensamente apoyaron, y posteriormente nutrieron, a la guerrilla sandinista. En este sentido también cabe recordar que buena parte de los miembros del FSLN tenían su origen en las clases medias y acomodadas. Tal como expuso José Fajardo

importante fue el impacto que tuvo la difusión de la teología de la liberación en los colectivos cristianos, de donde surgieron las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs). Sobre la base de la experiencia religiosa diversas personalidades con notable peso en la vida social nicaragüense empezaron a estrechar vínculos con el sandinismo⁽²¹⁾. Es ya conocido el impacto de la teología de la liberación en el movimiento revolucionario nicaragüense. A inicios de los setenta, las comunidades eclesiales de base empezaron a tomar un compromiso creciente con la oposición al régimen. En 1973 jóvenes universitarios creyentes y algunos sacerdotes habían formado el Movimiento Cristiano Revolucionario, movimiento que posteriormente daría notables cuadros al FSLN (entre ellos un miembro de la Dirección Nacional, Luis Carrión). Sobre esta cuestión un miembro de la Dirección Nacional del FSLN expuso (Carrión en Arias, 1980: 87-88):

El movimiento cristiano surgió con una serie de compañeros que comenzaron a encarrilarse con las teorías revolucionarias que apoyaba la Iglesia. Entonces se hablaba de cristianismo revolucionario. Esta cuestión la impulsaba también una serie de curas jesuitas, entre los que estaban Fernando Cardenal, Uriel Molina y Félix Jiménez. Indudablemente que una parte del movimiento cristiano desempeñó posteriormente un papel muy importante.

El segundo lustro de los años setenta es testigo de un giro de la táctica de lucha contra la dictadura (Núñez *et al.*, 1991: 64-70). La guerrilla que se localizaba en las zonas rurales y que apoyaba al campesinado, se percató de la aparición de nuevos *sujetos sociales*⁽²²⁾. El alzamiento de colectivos urbanos se presentó como

(Fajardo en WICKHAM-CROWLEY, 1993: 213): Buena parte de líderes sandinistas provenían de sectores acomodados, así como de centros universitarios... y una alta proporción de ella se habían educado en colegios de los jesuitas. Sobre la misma cuestión son gráficos los libros que narran experiencias personales de los jóvenes que se integraron en la actividad guerrillera: ARIAS, 1980; CABEZAS, 1982; RAMÍREZ, 1990.

21) La literatura sobre la influencia y el papel jugado por la religión en el proceso político nicaragüense es muy extensa, entre ella cabe destacar: BERRYMAN, 1984; CABESTERO, 1983a, 1983b; CASALDÁLIGA, 1986; ECKSTEIN, 1989; GIRARDI, FORCANO y VIGIL, 1986; LEVINE, 1988, 1990; RANDALL, 1983; RIEKE, 1990. Para el análisis de este fenómeno en un marco latinoamericano es interesante referirse a LEVINE, 1986, 1992.

22) Tal como expone Vilas (Vilas, 1984: 169-198) entendemos por *sujeto social* al participante real de la insurrección, como síntesis de determinaciones socioeconómicas —de clase, ocupacionales, familiares, etc.— e ideológicas. Este concepto, según Vilas, tiene un referente de clase, pero no reduce el sujeto a la clase. El mismo autor advirtió la *extrema juventud* de los participantes de la insurrección.

una acción espontánea, de rechazo a las medidas económicas, sociales y políticas de la dictadura. La vida cotidiana de la sociedad nicaragüense empezó a politizarse intensamente y esta radicalización fue encauzada por el FSLN.

El FSLN era, ante todo, un actor político que se caracterizaba por el desarrollo de una actividad específica —la lucha armada—, en un ambiente determinado —el marco hostil y represor del régimen somocista—, y por un objetivo —la obtención del poder. Es a partir de estos rasgos donde cabe observar la naturaleza del FSLN. Se trataba de una organización de carácter político-militar altamente centralizada, construida a partir de enlaces verticales y compartimentos rígidos y estancos. La dirección, desde su nacimiento, tomó la forma de una jerarquía militar. Los órganos intermedios se configuraron en torno a las divisiones administrativas del país, apareciendo así los Comités de Dirección Departamental y Zonal, que se subordinaban directamente a la Dirección Nacional —máxima autoridad política y militar. Las unidades de base eran dos, la milicia, de naturaleza militar —que quedaba integrada a comandos, y ésta, a columnas guerrilleras—, y la célula, exclusiva de áreas urbanas. Los militantes, dado el carácter clandestino de la organización, se comprometían a un conjunto de responsabilidades que suponían una dedicación exclusiva y disciplinada. La militancia política en el FSLN suponía el encuadramiento de todas las actividades a las exigencias de la vida partidaria. La obtención de la militancia requería la superación, durante un período, de ciertas pruebas. Una vez superadas se procedía a un mecanismo formal y reglado de adhesión. En la ceremonia de ingreso se realizaba el siguiente juramento (Fonseca, 1981: 194):

Delante de la imagen de Sandino, delante de la memoria de los héroes y mártires de Nicaragua, América Latina y de toda la humanidad, pongo mi mano sobre la bandera roja y negra que significa Patria Libre o Morir y juro defender, con las armas en la mano, la dignidad nacional y luchar por los oprimidos y explotados. Si cumplo esta promesa la liberación de Nicaragua y de todos los pueblos será mi logro...

ón —el 71% tenía entre 14 y 24 años—, una proporción casi tres veces más alta que el peso de ese mismo grupo de edad en la pirámide demográfica. La otra característica básica del colectivo revolucionario fue el *carácter popular* en sentido amplio de masas trabajadoras —más que de proletario en sentido estrecho. La pequeña producción y el trabajo no asalariado emergieron como la fuerza social básica de la insurrección. El sujeto social de la Revolución Sandinista, en la etapa que culmina con el triunfo del 19 de julio de 1979, se aproxima a otras revoluciones del Tercer Mundo: se trata, sobre todo, de una revolución popular y antiimperialista asentada en amplios colectivos populares.

Tal como hemos expuesto en anteriores trabajos (Martí, 1992), retomando el análisis que estableció Duverger (Duverger, 1961) al contrastar las categorías *Gemeinschaft*, *Gesellschaft* y *Bund*, cabría clasificar el FSLN en la tipología de *Bund*, en tanto que colectivo creado deliberadamente, de carácter casi-sagrado, la adhesión al cual requiere un compromiso que orienta la totalidad de actos de los miembros.

El tamaño (número de miembros) fue, durante todo este período, muy reducido. Durante la década de los sesenta y la primera mitad de los setenta la organización difícilmente llegó a los 150 miembros, entre *legales* y *clandestinos*, aumentando sensiblemente si se tiene en cuenta a los *colaboradores*. A partir de 1977, con la progresiva descomposición del régimen somocista y las diferentes convocatorias insurreccionales, se observó un crecimiento sustancial de la organización. Con todo, después de realizar un recuento exhaustivo de todos los miembros y colaboradores de las tres tendencias, la cifra no llegó a los 500 (Arce en Invernizzi *et al.*, 1986; Dunkerley, 1988).

Referente a la *estructura del poder organizativo* ⁽²³⁾, ésta se caracterizó —fruto del reducido tamaño y su articulación altamente jerarquizada— por su simplicidad: los *recursos del poder organizativo* se concentraban y gestionaban en la cúpula partidaria. Una cuestión de vital importancia fue la naturaleza de las relaciones entre el Frente y su *entorno organizativo* —que eran las organizaciones de masas de orientación sandinista—, muchas veces creadas bajo el auspicio del propio FSLN. Esta relación se caracterizó por la dependencia de las organizaciones a favor de los intereses del Frente y en función de la lucha armada. En este sentido, la articulación entre guerrilla y *movimiento popular*, en Nicaragua, tuvo un proceso inverso al acaecido en la mayoría de países de América Latina y, en especial, a los casos salvadoreños y guatemaltecos, donde primero fue la activación del movimiento popular y posteriormente la vinculación o creación de organizaciones guerrilleras —el FMLN en El Salvador y la URNG en Guatemala. Así pues, las organizaciones de masas, en tanto que apoyaban la lucha contra la dictadura, se adherían y subordinaban a las directrices del Frente ⁽²⁴⁾. Esta visión de organización centralizada, reducida y altamente

23) Utilizamos dicho concepto tal como lo presenta Angelo Panebianco en su obra (PANEBIANCO, 1990). La estructura del poder organizativo se basa en los llamados «recursos del poder organizativo» en tanto que factores en torno a los cuales se desarrollan las actividades vitales de una organización: la competencia, las relaciones con el entorno, la comunicación, las reglas formales, el financiamiento y el reclutamiento.

24) Cabe señalar que la tradición organizativa popular en Nicaragua fue relativamente escasa hasta mediados de la década de los setenta. El nacimiento y activación de Organizaciones de Masas fue, en gran medida, fruto de militantes sandinistas con el objetivo de articular grupos amplios de apoyo a la lucha armada. Así surgió la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC), los Comités de Defensa

jerarquizada no es, en ningún caso, ajena al contexto en que desarrolló su actividad. La hostilidad del entorno, altamente represivo, exigió una cohesión organizativa sin la cual cualquier desorden podía poner en cuestión la misma supervivencia organizativa. No es gratuita, en este sentido, la expresión acuñada en Nicaragua antes del triunfo de la insurrección de que en «Nicaragua ser joven era un delito».

El FSLN, tras una espectacular acción en noviembre de 1974, en la que asaltó la casa de Chema Castilo, un reputado dirigente somocista, y estuvo a punto de secuestrar al embajador de los Estados Unidos —mediante la cual obtuvo fondos económicos, difusión de manifiestos y propaganda, y la liberación de varios presos—, sufrió sucesivos descalabros. Hasta finales de 1977, cuando se iniciaron una serie de ataques generalizados en diferentes zonas del país, el Frente nunca fue considerado como un actor político relevante. Sus acciones, si bien habían tenido un *efecto de demostración* con el que ganaron la simpatía y el reconocimiento de muchos nicaragüenses, nunca, hasta entonces, tuvieron una continuidad y sistematización suficiente como para pensar en la posibilidad de convertirse un agente político que ofreciera una alternativa plausible al régimen que empezaba a resquebrajarse.

1.3. LA OPOSICIÓN CIVIL

De Somoza se dirá no sólo que derramó sangre de su pueblo, sino que la vendió en el extranjero ⁽²⁵⁾.

En Managua, en la mañana del martes 10 de enero de 1978, Pedro Joaquín Chamorro —director del periódico *La Prensa*, líder del movimiento conservador Alianza Nacional Conservadora (ANC) y de la coalición opositora Unión Democrática de Liberación (UDEL), y máximo dirigente de la oposición civil al régimen somocista— comenzó su viaje diario desde su casa, situada en el parque de Las Palmas, hacia las oficinas de *La Prensa*. Poco después de las ocho de la mañana, mientras pasaba por las ruinas de lo que había sido la ciudad antes del terremoto de 1972, su coche fue interceptado por una furgoneta. Le obligaron a detenerse. Desde la furgoneta le dispararon y seguidamente emprendieron la huida.

Civil (CDC), el Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER). De esta forma, a diferencia de lo que sucedió en El Salvador, donde la red asociativa de carácter popular tenía una larga tradición y nunca se subordinó incondicionalmente a las directrices de los grupos guerrilleros —en aras de mayor independencia pero en detrimento de la eficacia y rapidez de la lucha insurgente—, en Nicaragua, la dependencia absoluta de estas organizaciones a las directrices del FSLN supuso una notable sincronización entre la estrategia armada y la movilización popular.

25) Expresión extraída de CHAMORRO (1990: 318).

La muerte de Chamorro supuso un gran golpe para la oposición civil, ya de por sí débil, y para los gremios empresariales que siempre lo habían considerado su líder. Pablo Antonio Cuadra, un poeta con quien compartía la dirección del periódico, declaró unos días después del asesinato, que la muerte de Chamorro tendría el efecto de fortalecer la unión de los grupos antisomocistas, pero, al mismo tiempo, dejaba a la oposición civil sin su jefe más significativo. «Él era la figura que hubiera podido catalizar en un momento dado un gran partido de oposición», dijo Cuadra⁽²⁶⁾.

Con todo, los partidos políticos nicaragüenses, durante todo el período del *somozato*, se caracterizaron por su elitismo, faccionalismo interno, personalismo, debilidad organizativa y reducida base social. Durante el período que va desde 1924 a 1979 se llevaron a cabo diez elecciones generales. Éstas estuvieron siempre *muy lejos* de la calificación de democráticas. En este marco, el régimen somocista nunca dudó en llegar a determinados pactos y alianzas con facciones de la *oposición* en pos de la negociación de determinadas prebendas —sin ninguna intención de alterar la naturaleza del sistema político. De esta forma, en dicho período, se articularon trece alianzas, doce con el objetivo de obtener mayores cuotas de representación institucional y solo una, en 1959, con el objetivo de enfrentarse al régimen somocista⁽²⁷⁾ (Godoy, 1992). Los dos pactos más relevantes —llevados a cabo por el Partido Conservador y el Partido Liberal Nacionalista⁽²⁸⁾— fueron el *Pacto de los Generales* en 1950 y el *Pacto de Kupia Kumi* en 1972, en aras de la consecución, por parte de los conservadores, de un tercio y el 40% de la representación

26) Los acontecimientos que sucedieron de enero a septiembre de 1978 están detallados con precisión en SHIRLEY, 1985: 54-76.

27) En 1959 la mayoría de partidos políticos de la oposición, bajo el liderazgo del Partido Conservador, crearon la Unión Nacional Opositora con el fin de presionar al régimen somocista y dar apoyo al que sería el último alzamiento armado dirigido por los conservadores. En dicho alzamiento participarían cuadros de las Juventudes Conservadoras que posteriormente intervendrían en la vida política de los años setenta —entre ellos estaban Pedro Joaquín Chamorro, Reinaldo Téfel, Coronel Kautz.

28) El Partido Liberal Nacionalista (PLN) era el partido del régimen somocista. Mientras que a la Guardia Nacional le estaba adjudicado el papel de repartir sanciones, el Partido Liberal Nacionalista se convirtió en el instrumento para distribuir los beneficios y las recompensas. Articulado a partir de una red clientelar, su función era la de confeccionar un apoyo civil al régimen. La relativa autonomía del régimen frente a las clases dominantes permitió, en sus inicios, una cierta retórica obrerista —expresada en la promulgación del Código del Trabajo. Concesiones de este tipo le permitieron consolidar un apoyo dentro de algunos sectores del movimiento sindical. La red civil del somocismo se completaba con la institución de los «jueces de mesta», responsables del mantenimiento del *orden* en las comunidades campesinas. Para la obtención de información más detallada sobre la articulación civil del somocismo cabe dirigirse a González, 1992: 63-79; Walter, 1993: 66-117.

parlamentaria —junto con sus prebendas correspondientes. En este paisaje, entre la represión, la ilegalidad y la cooptación, los partidos políticos permanecieron pequeños, débiles y divididos. En esta situación, los partidos nicaragüenses nunca pudieron establecer una red de militantes independiente de las prácticas clientelares y menos una cierta legitimidad entre la población⁽²⁹⁾.

En los años setenta, a medida que aumentaba la agitación popular, se incrementó la descomposición y resquebrajamiento de los partidos hasta entonces existentes. Del Partido Conservador, largamente desacreditado, surgió la formación Alianza Nacional Conservadora, el partido Social Cristiano (PSC), y de éste el Partido Popular Social Cristiano (PPSC). En la izquierda, fruto de divisiones en el seno del Partido Socialista de Nicaragua (PSN) y del Partido Comunista de Nicaragua (PCdeN), aparecerían el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Movimiento de Acción Popular Marxista-Leninista (MAP-ML).

A mediados de los setenta, cuando se inició la crisis del régimen, la mayor parte de la oposición cívica estaba agrupada en torno a la UDEL, bajo el liderazgo de Pedro Joaquín Chamorro. En las últimas elecciones del régimen somocista esta coalición optó por la estrategia de la abstención —¡No hay por quien votar!, era la consigna. Posteriormente, esta formación planteó el inicio de un «Diálogo Nacional» donde se exigía al régimen unas «demandas mínimas». Estas «demandas mínimas», exigidas por la UDEL y hechas públicas en el periódico *La Prensa*, eran: 1) el levantamiento del Estado de Sitio y de la censura de los medios de comunicación; 2) la libertad de organización política y sindical; 3) el nombramiento de un militar con suficientes méritos y sin vínculos con la familia Somoza como responsable de la Guardia Nacional; 4) la creación de un orden jurídico que garantizara el pluralismo político; y 5) la amnistía general a los presos políticos.

El diálogo no llegó a producirse. Sin embargo, la presión de la administración Carter, obligó a Somoza al levantamiento de la censura de prensa, hecho que permitió a Chamorro desplegar una intensa campaña periodística de denuncia a la corrupción, atacando directamente a negocios donde la familia Somoza tenía intereses.

Durante el transcurso de esta campaña, apareció un artículo en el periódico oficialista *Novedades* (el «no verdades», según el ingenio popular) donde se expo-

29) Hablando con la gente, ésta aún recuerda que, en enero de 1967, una coalición política opositora, bajo el nombre de Unión Nacional Opositora, realizó una manifestación en Managua en apoyo a la candidatura presidencial del líder Fernando Argüello. La manifestación terminó con un ataque de la Guardia Nacional en el cual perdieron la vida 500 manifestantes. Cuatro años más tarde, Fernando Argüello firmaría un pacto, llamado *Kupia Kumi*, con Somoza Debayle. Este suceso marcó profundamente la credibilidad, y posterior desarrollo, de los partidos políticos opositores.

nía que Pedro Joaquín Chamorro se había erigido, por sus continuas denuncias al régimen, «en hombre de horca y cuchillo, mediante la insolencia, el irrespeto, la falta de ética moral y social, que lo están conduciendo a límites insospechados, de mucho peligro para él» (*Encuentro* en González, 1992: 106).

El asesinato del líder opositor convirtió, como muy bien sentenció Robert Pastor —que en aquel entonces ejercía como consejero de asuntos latinoamericanos en el Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos—, la *crisis política* en *crisis revolucionaria* (Pastor, 1987: 59). Todo el mundo conocía las prácticas represivas y la impunidad con que la Guardia Nacional asesinaba a los opositores, pero los hombres de negocios, las élites económicas, los miembros de las *grandes familias*, se habían considerado seguros como para llevar a cabo una oposición pacífica. Esta forma de actuar formaba parte de un acuerdo no escrito —de la misma forma que *había* determinados sectores económicos donde los Somoza «no debían» inmiscuirse— pero Pedro Joaquín Chamorro era uno de ellos, descendiente de presidentes y generales, y su asesinato significaba que ya nada ni nadie garantizaba su «derecho» a discrepar ni, y esto era mucho más grave, su seguridad.